

HECHOS Y REFLEXIONES

LOS INTELLECTUALES

CATOLICOS LAICOS

EN LA

IGLESIA

CAYETANO BOURBONNAIS, s. s. s.

Hacia la nueva liturgia

La oración y la búsqueda de la santidad se alimentan para un católico en las grandes fuentes de los sacramentos.

Cuando los intelectuales católicos empezaron a lanzar sus palabras en medio de la indiferencia y hostilidad general, la liturgia, la oración de la Iglesia, había alcanzado el punto más bajo de su decadencia. Quedaba siempre lo esencial, pero recubierto de una montaña de cosas inútiles, como ciertos altares barrocos, que servían más como pretextos a caprichos artísticos que como verdaderas mesas para el sacrificio de la misa.

Los intelectuales católicos laicos de la primera ola se han señalado por un aprecio fervoroso de la Misa y la Eucaristía. Es bien conocido el caso de J. Maritain ayudando la misa del Padre Clérissac durante mucho tiempo. Y casi todos los grandes hombres de la literatura dejaron escritos, a veces libros, sobre la Misa o un punto en referencia con la Eucaristía. Uno de los más célebres es el de Fr. Mauriac, "Le Jeudi Saint" (El Jueves Santo).

Casi todos los intelectuales católicos laicos de entre las dos guerras, andaban a la sombra de algún monasterio de benedictinos o de algún convento o capilla de dominicos. Allá se encontraban para vivir un culto eucarístico bien celebrado.

Sin embargo, es muy significativo que, salvo excepción, no fue entre los escritores de categoría que se levantaron voces para pedir más participación en el culto litúrgico. Lo que pedían a los sacerdotes eran misas correctamente rezadas, sin falsa solemnidad ni descuido, misas durante las cuales uno podía abismar-

La primera parte de este artículo fue publicada en el número anterior, págs. 373-76.

se en su alma, proseguir el diálogo interior con su Dios. Conociendo el latín, no les importaba el uso del idioma popular. El renacimiento litúrgico encontró en los viejos laicos intelectuales una verdadera oposición. P. Claudel se burló de la misa de cara al pueblo: la llamó "la misa al revés". Fr. Mauriac ha repetido varias veces que la nueva misa pierde algo de su misterio: "adelgaza". Él no puede aguantar los "comentadores" y los predicadores. Reconoce que es preciso pensar en el pueblo, pero que para él la mejor misa sigue siendo la que celebran los monjes, sin explicaciones ni participación exterior de los seglares y a la cual uno asiste participando en su alma.

La más conmovedora protesta contra ciertas formas del movimiento litúrgico la elevó Jacques Maritain en su librito "Liturgia y Contemplación" (1959). Era una reivindicación serena, pero muy enérgica, de la primacía de la contemplación, unión personal con Dios, sobre cualquier forma de culto. En aquella oportunidad, una vez más, Maritain había tocado un punto tan esencial que todos los que sabían de liturgia en el mundo entero se sintieron llamados a responderle. Poco tiempo después se reunió un congreso de todos los mejores peritos en liturgia de Francia para estudiar el problema planteado por Maritain. La voz de un laico había quebrantado una cierta seguridad de los clérigos que amenazaba hacer olvidar posiciones fundamentales en la Iglesia. Raras veces se ha visto el papel tan decisivo de un laico en los destinos de disciplinas más bien eclesiásticas.

Otro literato que se unió a la protesta contra las nuevas misas fue Evelyn Waugh, en Inglaterra (Ecclesia, N° 197, 1965). "Que se dejen a los turbulentos sus 'diálogos', pero que no sean olvidados completamente los que aprecian el silencio."

Los laicos que han entrado de lleno en las nuevas formas de culto para la Eucaristía y la Misa son los escritores que no tienen detrás de sí una pesada tradición, ni un apego muy marcado a valores ya caducos de la liturgia. Son los periodistas, como Henri Fesquet, J.-P. Dubois-Dumée y varios otros (1), que han sido formados según una pastoral distinta, más atenta al hombre del pueblo.

Pero, en ambos casos, los laicos influyeron mucho en la presentación y la inteligencia de la misa y el culto en general.

Búsqueda de la Iglesia auténtica

Cuando los intelectuales laicos tomaron conciencia de su posición en la Iglesia, se encontraron con una Iglesia regida por una estructura compleja, esmerada, tupida como una red, y, sobre todo, de una inspiración netamente jerarquizada, donde el papel de laico era casi sólo de sumisión. La preocupación de saber quiénes eran en la Iglesia fue cada vez más urgente entre los laicos y ha llegado a constituir, con el Concilio y el post-Concilio, uno de los temas preferidos de la reflexión laica.

Como siempre, encontramos a Péguy y a Maritain entre los precursores que trataron de definir bien las zonas de lo profano que pertenecen al César, y las de lo sagrado, de lo religioso, que pertenecen a Dios. Ya

vimos el afán de los intelectuales católicos para hacer bajar lo sobrenatural hasta el mundo de los hombres; pero, al mismo tiempo, son los mismos que pusieron un gran énfasis en distinguir los planos y en luchar contra toda forma de esclavización de uno por el otro. Bernanos, en "Les grands cimetières sous la lune", ha librado una lucha a muerte, con una videncia desesperada, para denunciar todas las formas de impostura, de hipocresía, que hacen a veces que los miembros de la Iglesia, incluso sacerdotes y obispos, se valgan de medios dudosos o francamente injustos para conseguir ventajas muy personales o interesadas. Bernanos dejó a E. Mounier y a la revista "Esprit" la misma mentalidad; frente a todo problema, por más religioso que parezca, hay que buscar primero si no se oculta tras él alguna impostura que es preciso denunciar. No se construye nada sobre la hipocresía o la mojigatería, sino sobre la verdad.

Podemos pensar que la tendencia actual de la Iglesia a purificarse, a reconocer sus errores prácticos en la historia y ahora a vivir en la pobreza, se debe, en parte, al movimiento ecuménico, pero anteriormente se debía también en parte a pensadores y escritores simplemente preocupados de encontrar su verdadero puesto en la Iglesia.

Sobre la teología del laicado el Padre Ives M. Congar escribió un libro casi clásico en el año 1951: "Jalons pour une théologie du laicat" (traducido al castellano). Pero el libro, si bien debe lo mejor de su contenido a la Tradición, debe muchísimo a los intelectuales laicos (2). Los laicos católicos, ayudados de los teólogos, reflexionan y cada vez más en su vocación propia en la Iglesia. Anteriormente, la misma idea de vocación se tomaba generalmente a partir de la vocación sacerdotal y religiosa. Ahora se estudia primero la vocación cristiana en sí, con sus características particulares. Gracias a hombres como los que hemos citado varias veces y a los cuales podemos añadir Emmanuel Mounier (3) y Michel Garrouges (4), se va vislumbrando la fisonomía de un nuevo cristiano, que se define como miembro de la Iglesia presente en el mundo actual, y no como sucedía antes, como un cristiano de segunda clase.

Esta ubicación exacta que se busca del laico, en la Iglesia no se hace en detrimento del sacerdocio. La reflexión del laico sobre su condición le dirige casi siempre a meditar sobre el sacerdocio, esta otra parte del mundo eclesial. Las páginas más bellas como las más duras, las más exaltantes como las más deprimentes, las más lúcidas como las más subjetivas, sobre los sacerdotes, las encontramos en los escritores laicos modernos. Péguy fustigó a los monjes como una especie de burgueses refinados; Claudel, tan severo para con los sacerdotes rutinarios, expresó más de una vez su fe absoluta sin crítica, sin vacilación, para los sacerdotes humildes y dedicados a su vocación de dadores de Dios.

- (1) Marcel Laloire: La opinión de un laico "comprometido", en Criterio (1962, p. 949.)
- (2) Hablando de los Congresos del Centro Católico de Intelectuales Franceses, el P. Congar dice: "Su aportación a las ciencias religiosas es una de las grandes bendiciones de nuestro siglo." Edic. española, "Estela", p. 376.
- (3) L'affrontement chrétien.
- (4) "Le laicat, mythe et réalité", Le peuple a-t-il sa place dans l'Eglise?, Paris, 1964.

"Vosotros sois la juntura y el cemento.
Hacéis uno sólo con Dios,
hacéis uno sólo con nosotros,
mandáis a Dios, lo hacéis y tenéis a vuestras órdenes.
Nosotros os tenemos, vosotros lo tenéis.
Y todo se mantiene en una sola Iglesia.
Vosotros sois el orden por excelencia,
en que todo el cuerpo se organiza."

Y ¿quién no conoce, al menos el título, de estas novelas que presentan cada una un aspecto del misterio del sacerdocio? La más conocida es, probablemente, "Diario de un cura rural". No olvidemos que en otras obras Bernanos ha trazado el retrato de muchos otros sacerdotes. Mauriac también habla con fe convencida del sacerdocio, si bien, y está en su derecho, no se priva de denunciar toda pretensión de los sacerdotes a regentar su alma. En Inglaterra, Graham Greene nos dio la trágica figura de "El poder y la gloria". Estados Unidos nos divirtió, pero también nos hizo descubrir un cierto aspecto desconocido del sacerdocio en la novela melodramática "El Cardenal". Más cerca de nosotros Gilbert Cesbron trató de penetrar el alma del nuevo tipo de sacerdote que aparece en la sociedad industrial: el sacerdote obrero, que llamamos ahora el sacerdote en el mundo del trabajo.

Pero los intelectuales católicos laicos no siguen todos la misma trayectoria y no pertenecen a la misma escuela. Mientras que hay ensayistas y periodistas católicos (J.-P. Dubois-Dumée, Henri Fesquet) que dan toda su simpatía a la nueva ola de los sacerdotes sin sotana y que trabajan más fuera de los templos —donde está el pueblo fiel— para buscar también el otro, el infiel, aquel que no llegará a los templos, hay también otra tendencia, completamente opuesta, de ciertos intelectuales católicos. Tal es el caso de Roger Bésus, el cual reprocha —falsamente, a nuestro parecer— a los sacerdotes jóvenes de no hablar de Dios. Michel de Saint-Pierre quiso aplastar la nueva ola de sacerdotes con su demasiado famoso libro "Los nuevos curas". Parece como la revancha derechista que da razón a todos los sacerdotes del tipo aparentemente clásico contra la demasiado victoriosa posición izquierdista, que no se privaba, por su parte, de atacar a un cierto tipo de sacerdotes que no le simpatizaba, para dar razón, a su vez, al otro más conforme a sus ideas. Pero como nada puede detener el movimiento de la historia, he aquí que otro novelista acaba de dar una réplica tajante a "Los nuevos curas" con la obra "Los curas comunistas". El autor, José Luis Martín Vigil, toma una posición dialécticamente opuesta a la otra y acude a la defensa de los sacerdotes integrados a la masa humana (cfr. SIC, febrero 1966, pág. 78).

De todos modos, la polémica no está por terminar, y toda esa literatura sobre el sacerdocio y los sacerdotes —sin hablar de la producción cinematográfica— hecha por laicos comprueba lo que afirmábamos al empezar este párrafo: Hay deseo profundo de entrar en el misterio de la Iglesia, conociendo mejor la vocación del laico y la complementaria, la vocación al sacerdocio.

Si se pidiese una prueba adicional de la presencia de la Iglesia en el pensamiento de los intelectuales católicos, la obtendríamos echando un vistazo a los temas escogidos por las "Semanas de los Intelectuales Católicos de Francia": casi todos están en referencia explícita con la Iglesia.

Cristianismo "social"

La literatura, la filosofía, el arte católicos, apenas si tuvieron uno que otro precursor en el siglo pasado. No pasó tal cosa con el cristianismo social. Los militantes católicos, los pensadores y reformadores en el campo social eran bastante numerosos en Alemania, Bélgica y Francia. Si la carta de León XIII "Rerum Novarum" pudo ser escrita, se debe a una cierta preparación de las ideas sobre los asuntos sociales. Si no tuvo más efectiva acogida se debe a que la opinión pública entre los católicos no tenía igual preparación. Con el tiempo se produjo el gran renacimiento a principios del siglo XX en cuestiones sociales. Ya no era un trabajo de aislados, fue todo un sector de la Iglesia que se despertó ante la urgencia de las tareas inminentes.

El campo social, más que el campo estrictamente religioso, se ofrecía a la actividad de los laicos católicos. Y, efectivamente, ellos han contribuido a elaborar una nueva visión social del mundo. Entre los grandes representantes del pensamiento social católico encontramos una vez más a Jacques Maritain con su obra maestra "Humanismo integral", completada con numerosos ensayos. Maritain ha suscitado un gran número de discípulos y si sus teorías han sido criticadas por varios grupos, muy particularmente en España y América Latina, él permanece el gran inspirador de toda una filosofía de la democracia cristiana.

La institución donde los católicos pudieran actuar más, imponerse más a la atención de la Iglesia y del mundo, es, sin lugar a dudas, las famosas "Semanas Sociales de Francia". La inspiración nació en otra parte —en Alemania, concretamente (5)—, pero las realizaciones francesas son las que han tenido y todavía tienen más irradiación. Muchas veces, en estas Semanas, los laicos han propuesto ideas que poco después la jerarquía de la Iglesia hacía suyas, como interpretación correcta de la Tradición. Tal fenómeno se ha notado especialmente con "Mater et Magistra" (6). Muchas de sus posiciones más aplaudidas habían sido elaboradas por los laicos católicos de las Semanas Sociales. Es justicia citar en esta gran obra el nombre de Joseph Folliet. Hombre de todos los talentos, jovial y modesto, de profunda vida interior, sensible a los movimientos que animan a la Iglesia, Folliet merece ser presentado como ejemplo de una de las muchas maneras de ser "verdadero hijo de la Iglesia", siendo "verdadero hijo de la tierra".

Las Semanas Sociales de Francia fueron imitadas en casi todos los países donde los cristianos poseen una cierta vitalidad y organización, pero no han sido superadas.

Con más inspiración técnica y con aspiraciones de realizaciones a escala mundial, se formó el grupo "Economía y Humanismo" bajo la dirección del Padre Le Bret, o. p. Pero también ese grupo fue la escuela de

(5) Opinión de Dantel-Rops, "Les origines des Semanas Sociales"; in *Ecclesia*, N° 160 (1962), p. 55. En Alemania, 1892. En Francia, 1904.

(6) Barrère y su ponencia sobre la socialización, en 1959. *Mater et Magistra* adoptó lo esencial.

formación y de acción para un ejército de laicos católicos esparcidos por todo el mundo. Por ellos, la presencia de la Iglesia y del mensaje evangélico alcanza sectores hasta ahora refractarios, como son los de la economía y la política.

Los católicos laicos se imponen en ciertas ramas de las ciencias económicas, tal como François Perroux, de fama mundial especialmente en las cuestiones del desarrollo de los países menos avanzados. El tiempo de los poetas y literatos católicos no ha terminado ni terminará pronto, pero como el interés de nuestros tiempos versa más hacia las disciplinas nuevas: los problemas sociales, la ciencia —como lo veremos a continuación—, los laicos católicos tratan de operar allí la misma transformación que lograron con la literatura y la filosofía en la primera mitad del siglo. Y a la inversa, la literatura de los católicos recibe, con el desarrollo social y científico, una contrainfluencia: ella deja muchas veces sus meditaciones íntimas, sus problemas familiares y amorosos, para lanzarse a la calle y meterse en el torbellino social. Típico de esta mentalidad: Gilbert Cesbron. Su obra imaginaria viene a ser un tratado de sociología moderna, del cual cada capítulo es una novela.

El mundo de la ciencia

La última aportación de los laicos católicos en el pensamiento católico, todavía bastante envuelta, pero ya de gran importancia, es la penetración lenta pero progresiva del mundo de la ciencia. Este movimiento empezó a manifestarse a los pocos años de la primera guerra mundial. Contra la tendencia más bien clerical de proclamar siempre “el fracaso de la ciencia”, apareció poco a poco la otra, la de “tomar en consideración la actitud científica, en una palabra, incluso la visión científica del mundo en la visión cristiana” (Daniel-Rops, “Un combat pour Dieu”, pp. 745-746).

Las primeras tentativas fueron más bien del tipo concordista: se trataba de mostrar que no había contradicción entre las verdaderas posiciones de la ciencia y las de la religión, incluso con las del tomismo. Trabajo hecho, sobre todo, por filósofos y teólogos. Entre ellos: Jean Daujat, sabio y filósofo a la vez. Pero hay que reconocerlo: hablando en general, el trabajo de armonización entre ciencia y religión se hacía más bien desde fuera y no desde el interior de la ciencia. O se estudiaban casi únicamente las incidencias morales de ciertas ramas de la ciencia, como la medicina.

Ahora bien, después de la segunda guerra mundial ha surgido el fenómeno de toda una generación de científicos católicos de una mentalidad y de una formación humanística distinta. No se trata de hombres en los cuales a una formación filosófica de tipo tradicional se ha yuxtapuesto una formación científica, se trata de hombres que no conocen otra formación básica que la científica. No se trata para ellos de ver la religión por la mediación, es decir, por el prisma de un sistema filosófico o una teología, sino que se busca una armonización directa entre las dos grandes realidades: ciencia y religión.

Se puede negar tal planteamiento del problema. Muchos otros se resisten a creer en la sola posibilidad

de un humanismo científico (7). Lo cual no impide que haya un número creciente de científicos para los cuales la ciencia es su misma línea de pensamiento o, por lo menos, su fuente. No aceptan la posición religiosa corriente, que es fundamentalmente optimista, pues nos propone la fe en una salvación, pero en la práctica muy pesimista frente al mundo (“lento de espejismos peligrosos”), frente a la ciencia (“que ciega de orgullo al hombre”), frente a la política (“el mundo está perdido”), frente al progreso (“negación de lo sobrenatural”), frente al amor conyugal sexual de los esposos (“sólo remedio a la concupiscencia”), etc.

Al contrario, los científicos, incluso católicos, tienen “confianza en la vida y el progreso”. Viven “tendidos hacia el porvenir” (*Lumière et Vie*, N° 68, p. 9). En estos asuntos es imposible dosificar exactamente las influencias, pero se puede atribuir, en parte, a los científicos católicos el cambio de acento que se nota ahora, incluso en la teología corriente, frente a todas estas grandes realidades en que vivimos y trabajamos. Aquí el nombre que se encuentra y que espontáneamente viene a la memoria no es el de un laico, sino el de un sacerdote, el P. Pierre Teilhard de Chardin.

Entre los laicos católicos, tal como entre los teólogos, el Padre Teilhard tiene admiradores y enemigos decididos. Pero, como es de prever, los literatos de formación tradicional como Fr. Mauriac tienen especial dificultad para aceptar el nuevo pensamiento, mientras que los católicos laicos de formación científica, incluso cuando discuten el sistema teilhardiano, no tienen dificultad en aceptar su intuición fundamental.

En este campo el trabajo para los intelectuales católicos laicos es amplísimo y anuncia cosechas prometedoras.

Conclusión

No hemos agotado ni siquiera la simple enumeración de las aportaciones de los laicos en el dominio del pensamiento católico.

No hemos aludido a las dimensiones nuevas que los laicos han dado a la espiritualidad del amor y del matrimonio. Pensemos aquí en G. Thibon, “Lo que Dios ha unido” y toda la magnífica obra producida en torno a la revista “L'Anneau d'Or”.

No hemos hablado del arte, terreno predilecto para el laico católico. Pues nada prepara al sacerdote a vivir como artista, aunque muchos se crean con dotes de arquitectos, decoradores de iglesia... Al contrario, el laico puede vivir hasta sus últimos límites su vocación de artista, si la tiene.

Sin embargo, hemos dicho lo suficiente para afirmar como conclusión que los intelectuales católicos laicos han enriquecido de una manera extraordinaria el patrimonio del pensamiento católico.

Maracaibo, junio 1966

(7) El humanismo no podrá ser nunca sólo el producto de las ciencias de la naturaleza y de las técnicas. Pero una importancia muchísimo mayor dada a dichas ciencias en la formación y la reflexión habitual van fraguando un nuevo tipo de humanista. (En contra, hasta cierto punto: Folliet, in *Informations Catholiques Internationales*, 15 de mayo de 1965.